

Textos
Urbanos

SOMBRAS EN LA RED

Albeiro Patiño Builes

FONDO
EDITORIAL
ITM





SOMBRAS EN LA RED

Albeiro Patiño Builes



SOMBRAS EN LA RED

© Instituto Tecnológico Metropolitano

© Albeiro Patiño Builes

Hechos todos los depósitos legales

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial
Lila María Cortés Fonnegra. Correctora de textos
Viviana Díaz. Asistente editorial
Leonardo Sánchez. Diagramación
Alfonso Tobón Botero. Diseño
Mario Palacio Pulgarín. Traducción de reseña

Sello editorial Fondo Editorial ITM
Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 Ext. 5197-5382
Editado en Medellín, Colombia / mayo de 2019
www.itm.edu.co • <https://fondoeditorial.itm.edu.co/>

Patiño Builes, Albeiro, 1967-
Sombras en la Red / Albeiro Patiño Builes. -- 1a ed. --Medellín: Instituto Tecnológico
Metropolitano, 2019.

242 p. -- (Textos Urbanos)

ISBN 978-958-5414-79-2

1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del ITM, por lo tanto, son responsabilidad del autor quien es igualmente responsable de las citaciones realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.



En este mundo de perros, *Cavaliere*, no existen las garantías, y usted lo sabe. La ley no es más que una delgada capa sobre un nido de hormigas guerreras. Incluso la muerte es ahora un gran negocio; un negocio internacional. ¿Quiere que maten a alguien en Israel? Pues trae asesinos volando desde el Japón. Si quiere una muerte en Venecia, telefona a Londres, o a Múnich, y su asesino llega al día siguiente. ¿Qué le apetece secuestrar un avión de pasajeros? Muy simple. Firma el contrato en Nueva York, embarca a su gente en Estocolmo, y hace que lleven el maldito trasto a Libia, si eso es lo que le va bien...

Morris West

La salamandra



CONTENIDO

La Directiva	11
Sombras en la Red	13
Prisma	83
Imprevistos	169
Cal y arena	225
Coda histórica	241
Nota del autor	243

LA DIRECTIVA

El 23 de junio de 2005, el secretario de Defensa ordenó al comandante del Comando Estratégico de los EE. UU. establecer el programa militar denominado Cisne Negro. La capacidad operativa inicial se logró el 2 de mayo de 2006.

- **Comandante:** General Keith Brian Alexander, del Ejército de los EE. UU.
- **Misión:** dejar fuera de operación definitiva, o al menos temporal, las instalaciones que se le indiquen. Las operaciones deberán realizarse de forma que ni el enemigo, ni ningún otro país del mundo lleguen a tener conocimiento del lugar de origen del ataque.
- **Enfoque:** para llevar a cabo el programa se creará un *cibercomando* que cubrirá el espectro completo de operaciones ciberespaciales necesarias para alcanzar el objetivo.
- **Organización:** el *cibercomando* será un comando subunificado, subordinado al Comando Estratégico de los EE. UU.
- **Elementos de apoyo:** comandos cibernéticos de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI), Agencia Central de Inteligencia (CIA), Fuerzas Armadas y Fuerzas Marinas.
- **Punto de Contacto:** Comando Estratégico de los EE.UU.

Presidente de Estados Unidos
George W. Bush
Washington D. C.



SOMBRAS EN LA RED



1

Frank Marco sabía de terrorismo. Su experiencia era, esencialmente, en los ataques cibernéticos. Ya en otras ocasiones había sido convocado para participar en actividades de Denegación de Servicio y ejecutar otros ataques, armado de computador, en contra de páginas de entidades gubernamentales. No le interesaba a quién se atacaba. Lo tenía sin cuidado si los objetivos eran de su país o de un país extranjero. Lo único que tomaba en consideración era la paga. Y esta, normalmente, mejoraba con la satisfacción de saber que había penetrado un sistema que todos consideraban invencible.

Se encontraba en un auditorio para quinientas personas, sin ventanas ni decorado, completamente inundado de equipo tecnológico. Había computadores de escritorio y equipos portátiles, extensas marañas de cables, tanto de energía eléctrica como de red, así como otra clase de máquinas de telecomunicaciones: switches que servían al propósito de concentrar en una única red los equipos de cómputo, enrutadores que, amén de su configuración, facilitaban el que las comunicaciones se dirigieran, a través de las líneas telefónicas y de internet, hacia los destinos que les hubieran señalado.

Estaba acompañado por cerca de cuatrocientas cincuenta personas, entre hombres y mujeres. Cada uno se hallaba sentado frente a un computador. Todos eran expertos en ciberataques, todos eran jóvenes, y todos estaban listos para actuar. Habían sido convocados mediante comunicaciones muy particulares: Alguien misterioso, oscuro, críptico, tanto como preciso, concreto, cauto, se había metido a sus estaciones de trabajo y había dejado un mensaje en la línea de comandos del sistema

operativo; en él, los invitaban a concurrir a la dirección, el día y a la hora que, en menos de doscientos caracteres, les indicaban. Aquel tipo de mensaje no era desconocido para Frank Marco, como no lo era para los demás asistentes a aquel extraño lugar, en el que, silenciosos, concentrados, esperaban la orden para cumplir el propósito para el que los habían señalado.

Todos los presentes habían sido, en algún momento de sus vidas, perseguidos por sus actos. Los mismos no eran cobijados por ninguna ley, por lo que se hacía muy difícil que los judicializaran: accesos no autorizados a equipos de cómputo de empresas públicas y privadas, manipulación de información, transferencia ilegal de dinero entre cuentas no autorizadas, entre bancos que no tenían ningún tipo de relación o convenio, entre países entre los que, por regulaciones tanto internas como dictadas por estamentos multilaterales, normalmente no se daban; muchos habían participado en ataques que habían terminado, en otros momentos, con el desplome de parte de la infraestructuras del Gobierno yugoslavo, así como de gobiernos aliados y enemigos, a través del direccionamiento malintencionado de miles de máquinas hacia sus objetivos. Los bombardeaban con peticiones que los programas no eran capaces de atender, y que, frente al encolamiento de un número desbordado de operaciones, y el consiguiente consumo total de los recursos de las máquinas, estas, terminaban por colapsar.

Eran, pese a todo, individuos a los que se perseguía cuando había que darles un aspaviento, pero a los cuales, también, se les convocaba cuando se trataba de usar, para el beneficio de determinados intereses, su arte y su conocimiento. Ciertamente, se trataba de seres humanos, pero, además, de armas tan poderosas, o más poderosas, que las que tenían muchos países del mundo en sus guarniciones militares. Ahora eran un verdadero arsenal, juntos, concentrados en el piso dieciséis de un edificio sin nomenclatura y fuertemente custodiado por personal vestido de civil, en el centro de la capital.

Frank Marco miraba atentamente la pantalla de su computador. Era un moderno Sony Vaio. En apariencia, no muy diferente a los demás equipos alojados en la sala. Había desde portátiles Acer hasta

computadores de escritorio armados con centrales de procesamiento de una marca, pantallas de otra y teclados de otra; o, incluso, componentes sin marca alguna. Pero la marca no les importaba a los presentes. Mucho menos al hombre en traje militar, que súbitamente apareció en la plataforma en la que se encontraban no menos de diez uniformados, todos armados, dispuestos a actuar en defensa del líder que recién aparecía o de la infraestructura que en aquel lugar se encontraba alojada.

El inflexible individuo de pulcro traje verde era el capitán Dragan Vasiljković. Todos lo conocían por ser el fundador de una unidad paramilitar serbia denominada *Knin-ninjas*. Su objetivo frente a aquella cofradía de cibercriminales, no era otro que el de coordinar la primera operación ciberterrorista de la que el mundo entero iba a tener noticia.

Vestido completamente de negro con una camiseta de cuello alto, un jean apretado y gastados tenis sin cordones, el muchacho parecía la viva representación de *El hombre murciélago*. Pero no era el único. La mayoría de los presentes vestía de modo similar. Algunos, incluso, lucían en sus caras, soportadas en sus narices, grandes, medianas o pequeñas gafas oscuras. De suerte que la impresión del capitán Dragan frente al convocado ejército improvisado fue la de un manojito de vampiros colgados del techo de una mansión ancestral.

Sus primeras palabras fueron pronunciadas con arrogancia:

—El ataque al pueblo de Racak, donde murieron cuarenta mil albaneses, era necesario.

Los guturales sonidos nacidos de su boca no generaban eco, viajaban a una frecuencia tal, que no alcanzaban a tocar la parte sensible de aquellos oídos cerrados. Hombres y mujeres se veían abstraídos, herméticos, como una olla a presión a punto de estallar. Eran como máquinas cuyo botón de encendido funcionara con base en electrónica y sistemas. De suerte que mientras el capitán Dragan continuaba exponiendo el problema que los reunía —la solución que él había planeado, la forma de ejecutar dicha solución, los resultados y hasta los impactos que generaría—, aquellas mentes parecían vivir en cuerpos impávidos, a los que quizás les hacía falta la cadena de ceros y unos, de bits y bytes, que les inyectara combustible y los empujara y los hiciera vivir.

—Pero los americanos —continuó el capitán Dragan Vasiljković— y sus fuerzas aliadas de la OTAN, lo han tomado como una masacre.

Un prolongado silencio del militar parado al frente fue acusado por los dispersos asistentes como un llamado de atención. Uno a uno, como un manojó de criaturas que presienten una aparición, empezaron a levantar sus miradas y a dirigir las a donde se encontraba el individuo de traje camuflado. También Frank Marco, el diminuto joven de delgados brazos y dedos, lo miró. Era un hombre rubio de rasgos duros; el vestido jaspeado lo hacía parecer más grande de lo que era en realidad. El joven *nerd* concentró su mirada en una insignia clavada en el traje. Brillaba, como una estrella en medio de un cielo oscuro y despejado. Dragan Vasiljković continuó:

—La OTAN quiere interferir en nuestras decisiones. Han propuesto introducir en nuestra tierra, nuestro país, una fuerza de interposición. —Había logrado llamar la atención de los siniestros escuchas. Y no era por sus palabras, ni por su presencia parca, como la de cualquier mercader de la muerte; era por los golpes que propinaba en el piso con los tacones de su negras y lustradas botas—. Durante la Conferencia de Rambouillet han intentado persuadir al Gobierno federal. —Volvió a callar durante cortos segundos, volvió a golpear con sus botas el piso—. Milosevic ha rechazado el acuerdo. Es por eso que la Organización del Tratado de Atlántico Norte decidió finalmente iniciar la operación aérea. Nos han castigado.

Todos conocían aquella historia, es más, la habían vivido en carne propia. Los Aliados habían bombardeado la infraestructura militar de Yugoslavia, habían destruido puentes, fábricas, centrales eléctricas. Todo eso podía ser mirado como parte de una estrategia. Algunos residentes, incluso, podían justificarlo. Lo que no se podía explicar, aunque tal cosa no le importaba a Frank Marco, era el bombardeo a la población civil: hospitales, escuelas y viviendas también habían sido impactados. Y no contentos con esto, habían desatado una degradante guerra psicológica. Habían aterrorizado a los civiles con emisiones subliminales de programas de radio, medios televisivos, redes electrónicas e internet, al mejor estilo de «La guerra de los mundos», interpretada por Orson Welles.

—Durante las siguientes diez semanas —continuó el capitán Dragan, mientras su audiencia, incluido Frank Marco, lo miraba atentamente— los aviones de la OTAN dispararon contra nosotros miles y miles de misiones de combate. Ahora... —arreció—, es nuestro turno. Y vamos a replegarlos. Vamos a atacarlos por donde no esperan que lo hagamos: usaremos teléfonos móviles e internet. Enviaremos miles de correos con virus informáticos a la OTAN. También al Ministerio de Defensa Británico. Y a los americanos. Y a los sistemas informáticos y de defensa de todos los países de la Alianza que podamos alcanzar. Vamos a dejar inoperantes sus comunicaciones. Y mientras lo hacemos —levantó los brazos, como si levantara una pesa—, nos blindaremos, bloquearemos la entrada de correos a las webs oficiales de nuestra nación, y abriremos cientos de páginas web con fines propagandísticos.

Aquellos seres vestidos de negro, con los ojos cubiertos por oscuros lentes, se sentían ahora en su salsa. Habían sido estimulados por palabras que habían sonado como música en sus oídos. Nunca como ahora habían recibido una invitación, en bandeja de plata, como aquella. Además, servida por un Estado, o lo que pretendía ser un Estado, para hacer parte de una operación a gran escala. Los bits y bytes serían disparados desde cientos de computadores. Tenían permiso; es más, habían sido convocados para usar sus equipos como lanzamisiles. La operación, además, sería a nivel global. Podían invitar a sus amigos, dentro o fuera de Yugoslavia. Mientras más voluntarios estuvieran dispuestos a prestar su concurso, más serio sería el ataque, y más garantizado estaría el éxito.

El capitán Dragan apretó los puños, que había puesto a la altura de su pecho, y dijo en voz muy alta:

—*Hackers, crackers* y *phone phreakers*: les pido que nos ayuden a atacar a los que nos están bombardeando. Esta es nuestra oportunidad. No estamos defendiendo a Milosevic. La mayoría de los serbios, entre los que me cuento, nunca le han apoyado, pero después de esta intervención de la OTAN, todos estamos con él. Debemos mostrarle al mundo la realidad de nuestro pueblo. Yugoslavia, ni Kosovo, son como lo muestran las cadenas de televisión CNN, Sky News, BBC News y los periódicos americanos. Nosotros tenemos nuestra verdad. Y hoy vamos

a mostrarles fotografías de víctimas civiles y zonas bombardeadas ajenas a la guerra. Vamos a mostrarle al mundo la versión serbia de los hechos. Empecemos...

Frank Marco no lo pensó dos veces. Se retiró las gafas oscuras de gruesa montura, se puso las metálicas y doradas gafas recetadas de grueso lente, y se inyectó en su mundo digital, como una tortuga se hunde en su dura caparazón, utilizando para ello su moderno y pequeño portátil negro. Lo primero que hizo fue convocar el apoyo de cientos de voluntarios de diferentes nacionalidades, especialmente rusos y alemanes que, como un torbellino de enfermedades, se declararon en contra de los países aliados y de la OTAN. Luego, abrió una enorme puerta en la red, y liberó, por segunda vez en la historia de este gusano, una versión mejorada del virus *Melissa*.

Durante aquella explosiva batalla entre computadores a las órdenes de *hackers* y expertos, penetró sin compasión, con sigilo y mucha excitación, equipos estratégicos de los Aliados, de la Casa Blanca y del portaaviones estadounidense *Nimitz*. Sus acciones tuvieron lugar de forma incesante, veinticuatro horas al día, sin dormir, casi sin comer ni ir al baño. No lo necesitaba. Apenas si necesitaba su equipo y la forma de conectarse a internet. Frank Marco y, especialmente, el capitán Dragan sabían que sus actos ocasionaban apenas pequeños problemas a los poderosos enemigos de Yugoslavia, los cuales, rápidamente, podrían sortear. Pero les estaban dando una lección. Les mostraban que podían apoderarse de sus recursos digitales y, a través de la Red, atacarlos. Ahora sabían de qué eran capaces.

Antes de abandonar el escenario de guerra, Frank Marco descargó de internet una imagen del presidente de Estados Unidos y la retocó con un programa de manipulación. Luego, volvió a cargarla en el ciberespacio, de forma que la pudieran ver los soldados del portaaviones estadounidense *Nimitz*, las tropas parapetadas en la OTAN y el mundo entero. La imagen mostraba al presidente Bill Clinton, desnudo, luciendo, en lugar de un pene, un enorme misil.

2

Ben Rowler despertó a las siete de la mañana. El brillante sol de Los Ángeles se abrió paso a través de la pálida tela que cubría los vidrios de la ventana. La noche anterior, las horas se le habían alargado hasta pasadas las dos de la madrugada. Sentado en el mueble principal de la sala de su apartamento, bajo la luz de una lámpara fluorescente, devoró buena parte de un grueso manual de *Control de amenazas cibernéticas*. Pese a su larga lista de estudios en el tema de la seguridad informática (era ingeniero con especialización y maestría) sentía que le faltaba mucho por conocer. Los bandidos digitales, pensó, hambrientos por retarse, siempre están apenas a un paso de los nuevos productos tecnológicos. Basta con que un nuevo dispositivo aparezca para que cientos de *nerds* estén explorando sus debilidades. Lograr penetrar su seguridad es, normalmente, cuestión de semanas. Y poner a correr a expertos y empresarios para cerrar las brechas que ellos han abierto toma, muchas veces, solo horas.

Se despabiló pasándose las manos por la cara, luego las cruzó detrás de la cabeza. Miró los dos pergaminos egipcios colgados en la pared lateral, el televisor LG sujeto por una base empotrada en el muro de enfrente, la ventana cerrada a su derecha. La luz de una mañana fresca penetraba las cortinas e invadía la habitación con potentes iridiscencias. Trinos agudos subían desde el bosque cercano y se abrían camino a través de las cuevas de sus oídos. Tiró a un lado la sábana con la que

se cobijaba, la fresca de la mañana se pegó a su piel, y se sentó, casi de un brinco, en el borde de la cama. Estaba desnudo. Su mano derecha bajó acariciando desde el brazo izquierdo hasta el hombro y aterrizó en el fuerte pectoral ejercitado con pesas. Metió los pies en las chanclas dormidas a un lado de la cama, caminó hasta la cajonera y se metió en un bóxer azul; abrió la puerta de la habitación y saltó de ella.

El apartamento de Ben Rowler estaba ubicado en un suburbio de la ciudad. Ocupaba la mitad del cuarto piso de un modesto edificio, en el cual vivían sesenta y cuatro familias de clase media. Allí, el oficial se sentía a sus anchas. Lo había adquirido hacía diez años, y no pensaba, en modo alguno, dejarlo. No había planes de que su jefe lo cambiara de sede ni de ciudad, así que tampoco tenía razones de peso para pensar en ubicarse en otra zona residencial. Allí, aparte de que el sector era cálido y cercano, tenía todo al alcance de la mano: almacenes de grandes superficies, restaurantes, salas de cine y, lo mejor, el edificio en el que estaba ubicada su oficina y la casa en la que vivía (con su madre y su padre), la mujer que amaba y con la que llevaba una relación hacía más de tres años.

Era, y se consideraba a sí mismo, un hombre promedio. Nunca había ambicionado un salario exorbitante, ni vivir en un moderno *pent-house* ni conducir un carro que acelerara de uno a cien kilómetros por hora en solo diez segundos. Le bastaba poderse levantar a la hora que tenía programado su reloj biológico, tomarse cada día un jugo mientras leía las noticias en internet, y poder conducir hasta su trabajo (de tanto en vez al supermercado o a otro sitio que le interesara), un vehículo que no lo dejara tirado en mitad del camino. Amaba a su novia y ella lo amaba a él. Tenían una relación sin ataduras, sin celos ni escenas salidas de control y sin justificación. Se veían, de preferencia, los fines de semana, y cuando a ambos les resultaba posible, un día de semana por la noche. Iban a cine, o a beber una copa de vino y a comer. Hacían el amor cada vez que se veían. A ambos, aquella frecuencia parecía bastarles. Además, les parecía muy conveniente porque de esa forma, cuando se encontraban, estaban tan deseosos uno del otro que el tiempo se les hacía corto para desvestirse y tumbarse en el piso o amarse contra la pared.

En la pantalla del computador portátil Ben Rowler repasó, una a una, las noticias de los tres periódicos que a diario leía: *Los Angeles Times*, *The Guardian* y *The Washington Post*. Había preparado café instantáneo con una cucharadita de azúcar y se había servido en un pocillo que tenía estampadas figuras inconexas y verdes. Bebió un sorbo que endulzó ligeramente su lengua y recorrió su garganta hasta su estómago. En pantalla aparecerían expuestas, como las heridas de un Cristo sufriente, las penalidades y dolores a que se veía, día a día, sometida la especie humana. El mundo no había cambiado mucho desde el día anterior, pensó. Igual lo había pensado el día anterior, y el anterior al anterior. Veinte años de servicio al *Buró*, como llamaba a la Oficina Federal de Investigaciones, le habían permitido entender cómo funcionaba el mundo. En él había buenos y malos. Los malos buscaban acumular dinero, sin importarles cómo lo lograran, mientras que los buenos apenas querían comprar algo de comer y de vestir, así como pagar la renta del apartamento con el poco dinero que ganaban honradamente. Él, como parte de la ley, debía luchar a brazo partido todos los días para que cada ser humano, bueno o malo, pudiera sobrevivir.

Cerca de seis años atrás había salido de la sección de «Delitos Informáticos» y había empezado a trabajar en la de «Homicidios». El suyo, sin embargo, no era trabajo de campo. Su responsabilidad no implicaba, normalmente, enfrentarse a las balas asesinas de los antisociales. Lo suyo era encontrar las razones de los asesinos para matar; y para eso ponía al servicio de su trabajo todo lo que durante sus estudios, así como durante sus años de trabajo, había aprendido. Era una especie de Sherlock Holmes del siglo XXI.

Sus vacaciones iban por la mitad. Había dormido bastante. Se sentía cansado y le cayeron bien las largas horas que pasó acostado, con los ojos cerrados, aunque estuviera consciente y oyera, en la calle, los pitos sordos de los carros que discurrían, de tanto en vez, a toda velocidad. Había ido a la playa; también de compras. Y había sacado tiempo para leer y cocinar. Había compartido con Megan, su novia, pero ella no estaba de vacaciones. Así que no podía quedarse en su apartamento ni pensar en alargar sus jornadas de esparcimiento más de lo habitual. En puridad, había cambiado de forma radical su rutina. Para algunos, eso

era lo que realmente significaba descansar. Si era así, había descansado. Sin embargo, pensaba, había descansado tanto, que ahora se despertaba demasiado temprano. Cada día abría los ojos a las seis de la mañana. Ben Rowler pensaba que iba siendo hora de tener algo más lúdico y agotador en qué ocupar las horas.

* * *

A las dos de la tarde un seco sol ardiente se colgaba del cielo despejado de la ciudad. No se veía un solo punto en la lejanía, como si alguien la hubiera lavado, apartando, desde el horizonte hasta el cenit, todo vestigio de realidad. Apenas un azul claro, relajante, pintaba el mundo en lo que se alcanzaba a ver.

Ben Rowler había tomado el libro que había estado leyendo, *Control de amenazas cibernéticas*, y se había sentado cómodamente, como un abuelo que piensa con orgullo en su pasado, en una silla en el balcón de su apartamento. Desde donde se encontraba tenía una vista de ciento veinte grados alrededor. En el oriente, lo más vistoso era el aviso iluminado de un súper almacén; de frente, enormes reflectores acusaban la presencia de un parque de deportes; y hacia el occidente, modernos edificios se alzaban, vistosos y coloridos, como árboles que cada vez se hacen más altos.

Tenía las piernas sobre el asiento de una silla que tenía al frente, apoyada una sobre la otra. Una franja de sol le pegaba en las mangas del bóxer. Sobre la pequeña mesa a su lado, un vaso con jugo de naranja. Justo lo que quería y necesitaba. No concebía un largo viaje, estancado durante horas en un aeropuerto, corriendo de un lado a otro buscando un *gateway* de salida o de entrada a una plataforma atestada de gente. Le molestaban las filas, tener que estar a una hora en algún lugar para después tener que esperar, llenar aburridos formularios de emigración, en fin. Nada le resultaba tan placentero como leer un buen texto, reflexionar acerca de lo que leía, y plantearse las diferentes formas de apropiarse el nuevo conocimiento y ponerlo al servicio de su día a día o de su labor profesional.

La cadena se rompe por su eslabón más débil. Las empresas, tanto públicas como privadas, invierten enormes cantidades de dinero en implantaciones de sistemas de seguridad para proteger sus datos. Se concentran en lo que tienen en sitios de origen, y, otras veces, exigen seguridad a sus *partners* en los sitios de destino. Pero pocas veces ponen sus ojos en la ruta que ha de seguir la información. Algo que saben los ciberdelincuentes, y que usan para romper, muchas veces, con enorme éxito, los esquemas de seguridad de los sitios que quieren atacar.

Ben Rowler pensó en lo que acababa de leer. Conocía perfectamente aquella situación. En muchos casos, mientras atendía en el pasado asuntos en el área de «Delitos Informáticos», se había topado con la habilidad de genios de los computadores, que, entre otras cosas, sabían cómo pensaban sus víctimas. Por un lado, había muchos empresarios que, pese a las complejidades de un mundo tecnificado, aún consideraban algo suntuoso invertir en seguridad. Era claro que no se le podía pedir lo mismo a una empresa grande que a una pequeña. Pero las pequeñas pagaban sus ínfimas inversiones con millonarias pérdidas debidas a fraudes que superaban, con creces, lo que hubieran tenido que invertir para evitar la dificultad. Por otro lado, la forma de ver y entender la tecnología era, a veces, ingenua entre quienes debían hacer las inversiones. Recibían asesoría de parte de expertos, pero pretendían saber más que ellos, y desoían sus recomendaciones. Algo que los llevaba a proteger donde menos se requería o donde no se requería en absoluto; o a invertir más donde se debía invertir menos, y, claro, menos, donde se debía invertir más. Las sorpresas, así, no se hacían esperar.

Se recostó en la silla, con la espalda casi en el asiento. La mirada clavada en el techo le permitió ver, colgada en un rincón, una incipiente colmena en la que resaltaban contiguas figuras hexagonales. Por unos instantes acarició con la mirada el cambio de color de café a blanco de los panales. Pensar en abejas que se dedicaban a aquella plácida construcción llenó su boca de un dulce sabor esparciéndose por su lengua. Tenía el libro cerrado sobre sus piernas, un dedo de la mano derecha usado como separador, indicando la página donde llevaba la lectura. Cerró los ojos y siguió reflexionando en el tema central del

libro. Luego, como si el mismo le hubiera despertado la nostalgia, recordó el día que había ingresado al FBI. El director era entonces Louis J. Freeh, quien ocupó el cargo hasta el 25 de junio de 2001. Después había visto ocupar la misma silla a Thomas J. Pickard, en calidad de interino, hasta que fue nombrado en propiedad Robert S. Mueller III, el máximo jefe actual.

En su mente vio pasar imágenes de su vida laboral. En ella había diversas personas que había conocido y áreas por las que había pasado; había tareas que le habían sido asignadas y logros que había conquistado; y hasta fracasos, claro, que le habían hecho vivir momentos desagradables. Todo lo recordaba con nostalgia, con cierta emoción. No había desagrados ni marcas de dolor que quisiera dejar en el olvido. Todo lo había vivido con el apasionamiento propio de quien ama su profesión.

Una suave brisa empezó a cruzar el balcón. La franja de sol se había movido y ahora se veía sobre el pasamano de hierro forjado. Pronto empezaría a salir del apartamento y daría paso, indefectiblemente, a un fresco ambiente en el que quizás se dormiría, mientras las hojas de los árboles se movían al vaivén de una tonada suave de las que salían del equipo de sonido.

Estaba mirando la estela que había dejado en el cielo un avión que había cruzado de oriente a occidente, cuando el timbre del teléfono lo sacó de su abstracción. Por un momento sintió deseos de no contestar. Sin embargo, pensó que podría ser su novia, y no quiso dejarla al otro lado de la línea, preguntándose dónde podría estar. Además, no le molestaría escuchar su voz, sentir en sus oídos el suave tono femenino que tanto le gustaba. Tomó el libro de su regazo y lo puso sobre la mesa a un lado del vaso de jugo, ahora medio vacío. Sentado en el borde de la silla, apoyó las manos en el asiento y se impulsó para ponerse de pie. Caminó hasta la sala y, del costado de una mesilla, entre dos muebles, tomó la bocina del inalámbrico.

—¿Sí? —contestó con laconismo, mientras se sentaba en el brazo del mueble principal.

—Hola, Ben. ¿Cómo estás? —dijo una voz alta y aguda que, al otro lado de la línea, de inmediato reconoció. Era, le pareció curioso, Robert

S. Mueller III. El jefe, amable, pero parco de palabras, no lo llamaría en medio de sus vacaciones si no se tratara de algo realmente importante. Así que Ben Rowler sospechó que *algo*, en algún lugar, y de seguro muy grave, había ocurrido o estaba ocurriendo. ¿Un accidente aéreo con sospecha de atentado terrorista?, ¿una masacre en la que había muerto alguien importante?, ¿una inmolación en la que no habían quedado ni los dientes del suicida? Cualquier cosa podría ser. O tal vez ninguna. Su imaginación, a veces, viajaba a toda velocidad. Su mismo trabajo lo había acostumbrado a imaginar enormes pisadas donde solo se encontraban pequeñas huellas de polvo, causadas por el viento. Mientras pensaba, Ben Rowler había escuchado el saludo que le daba su jefe.

—Bien, Robert —dijo—, la he pasado de maravilla. He dormido, nadado, leído. No me puedo quejar.

—Me gusta escuchar eso, Ben. Te mereces un buen descanso. Trabajas duro.

—Pero, dime, ¿tú llamándome? ¿Un hombre con tus ocupaciones?

—Siempre hay tiempo para los amigos. Quería saludarte.

—No te lo puedo creer. No eres esa clase de hombre.

—Dame crédito, Ben. De vez en cuando soy un buen tipo.

—No he dicho que no lo seas.

—Es verdad. Es solo que a veces pasan cosas. Tú sabes.

—Te entiendo.

Durante cinco minutos más, los dos hombres intercambiaron palabras amistosas. Luego, Robert S. Mueller III dijo:

—Dime algo, Ben: ¿extrañas tener qué hacer?

—Ummm... Se podría decir que sí.

—Me gusta escuchar eso.

—Eso imaginé. ¿Qué tienes para mí?

—De hecho, ha surgido una *situación*. Y estoy convencido de que eres el hombre indicado para encararla.

—¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría verte sentado al otro lado de mi escritorio...digamos...
¿en dos horas? Si estás de acuerdo...

—¿Tu escritorio?

—Estoy en Los Ángeles.

—Vaya, esto sí que debe ser serio.

—Lo es, Ben. Te necesito.

—Dame esas dos horas y te veré.

—Gracias, Ben.

—Descuida, Robert.

CODA HISTÓRICA

El general Keith Brian Alexander, director de la NSA, anunció su retiro de la Agencia en octubre 16 de 2013. Los detonantes para que tomara la decisión fueron las publicaciones realizadas por el periódico «The Washington Post», en las que divulgaba las interceptaciones a las comunicaciones celulares de la canciller de Alemania Ángela Merkel, así como a centenares de usuarios en Google y Yahoo.

Bradley Manning fue condenado por un tribunal militar a cumplir una pena de 35 años de prisión y a ser expulsado del ejército con deshonor. El 22 de agosto de 2013, apenas unos días después de su condena, Manning expresó públicamente su identidad como mujer transexual. Tras las rejas, inició un tratamiento hormonal para cambiar de sexo, y pidió que, en adelante, se le llame Chelsea Elizabeth Manning. El 17 de enero de 2017 se anunció que Manning sería liberado el 20 de mayo del mismo año, pues el presidente Barack Obama, antes de dejar la presidencia de Estados Unidos, le conmutó la pena.

Edward Snowden viajó desde Hong Kong a Rusia, aunque se desconoce su paradero. Pidió asilo a Ecuador, y a otra veintena de países; recibió algunas respuestas afirmativas, pero, al final, se quedó en territorio ruso, donde tiene permiso de permanecer hasta 2020 con su novia, la bailarina y practicante de pole dance Lindsay Mills. La actuación de Snowden en el programa Prisma ha sido considerada por el Departamento de Defensa de Estados Unidos como un «acto criminal». No se sabe qué suerte le espera de entregarse a la justicia de su país, o de ser capturado.

Julian Assange permaneció asilado, desde 2010, en la Embajada de Ecuador en el Reino Unido. El 4 de abril de 2019, la policía británica finalmente lo arrestó en la Embajada de Ecuador, luego de que este país diera por terminado el asilo.

Adrian Lamo, el hacker delator de Bradley (Chelsea) Manning, se desempeñó como periodista y escritor, al tiempo que continuó apoyando causas a favor de indigentes y comunidades LGBT, hasta el pasado 16 de marzo de 2018, cuando a la edad de 37 años, y después de haber sido víctima de múltiples amenazas por parte de grupos afines a la causa de Bradley Manning, fue encontrado muerto, sin que hasta el momento ni su familia ni el forense que atendió su caso hayan dado a conocer la causa de su fallecimiento.

El virus Myrtus logró filtrarse a internet e infectar miles de computadores en todo el mundo. Su descubrimiento fue realizado por un especialista de la empresa Microsoft, quien lo bautizó y dio a conocer al mundo con el nombre de Stuxnet.

NOTA DEL AUTOR

SOMBRAS EN LA RED es una versión novelada (basada en la ingente cantidad de artículos de prensa y revistas, entradas de blog, capítulos de libros, videos, noticias de radio y televisión, programas de análisis radial y televisivo, etc.), de los hechos que tuvieron lugar con motivo de las filtraciones de información clasificada de Estados Unidos durante los últimos años. Los personajes ficticios con nombres de personas reales no pretenden representar ni física ni psicológicamente a las de carne y hueso, son meras creaciones literarias surgidas de la imaginación del escritor, que en momentos de su vida ficticia quizás actuaron como lo hicieron las personas reales que representaban. La trama, incluso, si bien está basada en hechos reales, es mera ficción. El autor no puede dar fe de que lo narrado haya sucedido efectivamente así.

ALBEIRO PATIÑO BUILES

Ingeniero electricista, con especializaciones en Hermenéutica Literaria y Alta Gerencia. Magíster en Dirección Estratégica, Planificación y Control de la Gestión del IEE de España. Ha recibido numerosos premios, entre los que se destacan el primer puesto en el II Premio Nacional de Novela – Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia (2006) y el primer puesto en el Primer Concurso de Cuento de la Asociación de Empleados del Banco Industrial Colombiano (1996). Sus publicaciones literarias, son: *Historias cruzadas* (cuentos, 1994), *Bandidos y hackers* (novela, 2007), *Phishing* (novela, 2010), *Construir una novela. Cómo orientarse en el proceso de creación literaria* (ensayo, 2011), *Intimidación* (novela, 2014), *Galán, crónica de un magnicidio* (novela, 2014), *Las intermitencias del corazón – I. Melancolía y enajenación* (novela, 2016), *La forja de un escritor* (ensayo, 2017).

Textos
Urbanos

SOMBRAS EN LA RED

Este libro se terminó de imprimir en CTP Express S.A.S.,
en el mes de mayo de 2019.

Las fuentes tipográficas empleadas son *Baskerville* para texto corrido y
Adobe Devanagari - Abadi MT Condensed Extra Bold para títulos y subtítulos.